

---

## *LA CIENCIA POLÍTICA ENTRE EL RACIONALISMO Y EL EMPIRISMO*

*Héctor Zamítiz G.*

Es inimaginable que la ciencia política sea la única de entre todas las ciencias sociales que no resulte afectada por los cambios que experimenta actualmente y ha de experimentar el mundo. Esta disciplina ha aumentado rápidamente en número y en diversidad de actividades, y el resultado de todo ello es una considerable ambigüedad en la concepción y la definición de las funciones que le son propias.

Tal diversificación se manifiesta de varios modos. El cambio más impresionante se ha producido en lo que se suele llamar ciencia política empírica, cuya extensión ha generado múltiples dificultades, pues los estudiosos no siempre están familiarizados con los métodos de indagación en los procesos políticos contemporáneos.

Abordaremos esta cuestión de la siguiente manera: es muy difícil una concordancia ideal entre la universidad y el tipo de enseñanza que debe impartirse. Aun subsiste el modelo de la universidad como fuente de educación liberal; pero debe reconocerse que, además, las universidades cumplen otros fines en la instrucción de su alumnado. Cada día es más insistente la presión que se ejerce sobre las universidades para que en ellas se atiendan las necesidades prácticas de la sociedad. Aumenta la tendencia a considerar a las universidades y demás instituciones educativas desde un enfoque práctico y profesional. Por ejemplo, es una opinión ampliamente compartida por parte de la sociedad en general y de los encargados de tomar las decisiones para financiar la enseñanza universitaria, acerca de que las universidades deberían atender las necesidades de la sociedad al facultar a los que en ellas estudian para adquirir

los conocimientos y las técnicas idóneas con las cuales puedan crear riqueza y lograr poner a disposición de la sociedad los servicios que ésta precisa.

Sabemos que es peligroso aceptar este planteamiento ciertamente reduccionista y pragmático, para justificar la existencia de las universidades. Sin embargo, antes de desecharlos, recordemos que en los alegatos en defensa de la universidad siempre ha contado su capacidad para satisfacer alguna necesidad práctica.

En los programas de enseñanza universitaria no siempre es fácil conciliar objetivos contrapuestos. Por una parte, prevalece la necesidad de servir a los intereses prácticos; por otra parte, existe el compromiso de impartir una enseñanza que, en virtud de su alto nivel intelectual, ofrezca a los individuos que cursan estudios superiores la posibilidad de rendir lo mejor de sí mismos. Las tensiones generadas por estos intereses en conflicto llevan algunas veces a las ciencias sociales a una situación difícil: es posible presentar las materias esencialmente prácticas con disfraces *pseudoteóricos*, pues se piensa que con ello se convierten en académicamente “respetables”; mientras que las materias con valor moralmente crítico, sin ninguna aplicación práctica, se ofrecen equívocamente como “útiles” con objeto de protegerlas contra el reproche de ser solamente “académicas” (Johnson, 1991).

No hay duda de que, considerado globalmente el espectro de la enseñanza superior, se llega por regla general a un compromiso mediante el cual, en muchas universidades, se concede prioridad a la formación de licenciados competentes y técnicamente calificados, en detrimento de ese “ambiguo” encargo de formar el intelecto. Ahora bien, a pesar de éste y otros imponderables que afectan la enseñanza universitaria, desearíamos encontrar en las universidades una intención mayor en pro del *rigor intelectual*, y mejores expectativas de hallar en ellas ese auténtico reto que buscan las mentes inquisitivas.

Dentro del amplio contexto del carácter y los objetivos y de la enseñanza superior, la ciencia política ilustra con claridad estas tensiones dentro de las ciencias sociales. Sus orígenes más remotos, a principios de la era moderna, tal vez puedan hallarse en la colección de máximas que aconsejan a los gobernantes una conducta prudente, así como en los intentos más ambiciosos que de tiempo en tiempo se hacen con el objeto de teorizar sobre los intereses y necesidades humanas y los términos deseables para una convivencia pacífica.

En fechas más recientes, sobre todo desde principios del siglo XIX en adelante, comienza a subir la marea de una información descriptiva de las prácticas políticas y los métodos de gobierno, buena parte de la cual es *histórica* y el resto procede de la observación y la investigación usuales, procedimientos ambos que enfrentaron el reto del *positivismo científico* que tanta influencia ejerció en el desarrollo de las ciencias sociales en el mundo moderno. Para muchos, la ciencia política consiguió su aceptación como rama de la ciencia social sólo cuando se hizo *rigurosamente empírica*, al utilizar los métodos de las ciencias naturales. (véase, Bobbio y Matteucci, 1984).

Como materia de estudio universitario, la ciencia política, tal como hoy se concibe, es sobre todo una creación *angloamericana* y en su actual formato tal vez le deba más a las iniciativas estadounidenses que a las británicas. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos comparten una herencia pragmática que otorga gran importancia al saber práctico y a sus aplicaciones para fines utilitarios, todo lo cual es expresión de un *talante empírico* que, en muchas ocasiones, acentuó el aspecto utilitario de los argumentos morales y la apreciación de sus consecuencias a la hora de formular juicios políticos.

En Cambridge, por ejemplo, a finales del siglo XIX la ciencia política llegó a considerarse “como una materia de gran valor para los hombres capaces, pero inútil e incluso perjudicial para los estudiantes más débiles”, lo que fue motivo para que su estudio se convirtiera en opcional, porque “en algunos casos resultaba estimulante y útil; en otros, fomentaba un gusto dañino por la *vaga disertación*” (Collini, Winch y Burrow, 1987). Tal situación se pudo comprobar a través de los cambios que experimentó su desarrollo: el estudio puramente empírico de las instituciones políticas se debilitaba al incluir un elemento mayor en la historia del pensamiento político.

En Estados Unidos es evidente que las tensiones interiores de los últimos años de crecimiento económico y desarrollo social pueden explicarse, en parte, por la tradición que limita la ciencia política al microcosmos del derecho, las ciencias sociales y las ciencias humanas. Los estudiosos de la ciencia política inmigraron habitualmente desde otros puntos del universo académico: de la historia, la filosofía y el derecho. Las modernas concepciones han ampliado los precedentes intelectuales o producido un contacto más íntimo con la economía, la sociología, la psicología y la antropología social.

Sin duda, *Charles Merriam* creyó desde un principio que la ciencia política estaba demasiado dominada por la tradición de "investigación en biblioteca" de los historiadores, por lo que intentó equilibrar la formación de los estudiantes de ciencia política haciendo que éstos utilizaran métodos especializados para describir los acontecimientos políticos que ellos observaban directamente. La búsqueda de este equilibrio también conocido como el *péndulo behaviorista* entrañó algunas dificultades. La ciencia política técnico-descriptiva recibió una admisión parcial y a regañadientes en ciertas facultades. Con frecuencia, "el zapato del pie derecho iba en el pie izquierdo", y la erudición tradicional concierne a la historia de la teoría política, padecía privaciones y mutilaciones de todo tipo. Teniendo en cuenta ese carácter mixto de los especialistas en ciencia política, resultaba posible en un ataque de xenofobia decir a los ósofos: "si realmente valéis para algo, debéis valer lo suficiente para conseguir un cargo en un departamento normal de filosofía". Lo mismo se decía a propósito de los especialistas en derecho público: "que se vayan a la facultad de derecho" (Lasswell, 1963).

Ahora bien, quienes se formaron en Estados Unidos entre 1920 y 1940 estuvieron ampliamente expuestos a la vocación teórico-empírica de la ciencia política en esta etapa; aunque cabe señalar que, desde el punto de vista del *método*, la investigación se caracterizó por prestar más atención a la mera descripción y a la recopilación de datos sobre los procesos políticos, que a teorizar sobre el cómo funcionaban, aunque alguna teoría latente orientaba la investigación (Easton, 1985). Esta teoría latente que se encontraba en las turbias aguas de la ciencia política, es posible que haya sido la que gravitaba sobre el fenómeno genéricamente denominado *comportamiento político*, o más bien, método *conductista* o investigación del comportamiento (Behavioral [ist] Research).

El rápido florecimiento de este método se debió sin duda a la existencia de ciertas actitudes y predisposiciones engendradas en la cultura estadounidense: pragmatismo, realismo, confianza en la ciencia, etcétera. Robert Dahl menciona también la existencia de poderosos estímulos que contribuyeron a su crecimiento, entre otros la viabilidad de un nuevo método para estudiar el comportamiento político de los individuos en determinadas situaciones; por ejemplo, el estudio de actitudes y preferencias políticas y, concretamente, para el estudio del comportamiento de los votantes. Para Dahl (1964), históricamente hablando, el método conductista fue un movimiento de protesta dentro de la ciencia política,

principalmente de aquellos científicos de la política que compartían un fuerte sentimiento de insatisfacción por las realizaciones de la ciencia política *convencional* principalmente en los terrenos histórico, filosófico y descriptivo institucional, junto con la creencia de que debían existir o podían desarrollarse métodos o procedimientos adicionales que aportasen a la ciencia política proposiciones empíricas y teorías de naturaleza sistemática, comprobadas por observaciones más estrechas, más directas y más rigurosamente controladas de los acontecimientos políticos.

A la pregunta: ¿a dónde irá a parar la postura conductista considerada como movimiento de protesta?, Dahl respondió en 1964: “creo que desaparecerá gradualmente”. Con esta opinión quería señalar que, como postura propia el conductismo se incorporaría al cuerpo principal de la disciplina. Estaba convencido que dicho movimiento no desaparecería por haber fracasado, por el contrario se iría por haber tenido éxito. A pesar de valorar la importancia del movimiento de protesta que permitió un “desgajamiento” rápido de la ciencia política en relación con las otras ciencias sociales en la búsqueda de autonomía, Dahl consideró que el método conductista, por restaurar algunas unidades de la disciplina, había resquebrajado otras.

No sabremos hasta qué grado hoy en día tengan unidad y cohesión los cinco fragmentos que en aquel tiempo Dahl veía desunidos: la ciencia política empírica, los patrones de evaluación, la historia, la teoría general y la especulación. El hecho es que este teórico se había percatado de la falta de cohesión de la disciplina en sus niveles del saber.

David Easton señala que afirmaciones sobre el ser y el deber ser, sobre los hechos y los valores a menudo estuvieron firmemente entrelazados durante su formación. Al respecto cita su propia experiencia como ejemplo de la falta de coherencia teórica cuando realizó sus estudios en Harvard, lo que él denominó posteriormente la etapa de la ciencia política tradicional.

... al finalizar mis estudios me encontraba sumamente confundido [...] nadie había tratado de explicarme por qué motivo mi interés por la política requería del estudio de un abanico de materias tan amplio, más allá del simple hecho de que todas ellas estaban relacionadas con ese algo llamado gobierno. No lograba comprender sobre cuáles bases la ciencia política podía considerarse como un cuerpo de conocimientos coherentes dada la ausencia de una

estructura teórica dentro de la cual sistematizar todos aquellos cursos y verificar su relevancia... (Easton, 1985)

La búsqueda de una teoría política sólida seguramente llevó a Easton a participar en la revolución antes referida por Dahl, a la que Easton calificó *conductivista*, fase que constituyó también para él la transformación fundamental que ha caracterizado la ciencia política de occidente en este siglo. Es este autor quien aclarará que pese a la raíz común de los términos conductismo (*behaviorism*) y conductivismo (*behavioralism*), ambas posiciones teóricas tienen poco en común, y que la ciencia política nunca ha sido conductista, ni siquiera durante el auge del conductivismo.

Por ello, después de aclarar que no conocía a ningún politólogo que suscribiera la doctrina de B. F. Skinner, sucesor de Watson y fundador de la escuela psicológica del "condicionamiento operante", escribirá: "La única relación entre los términos conductismo y conductivismo consiste en que ambos ponen especial atención sobre el actor humano y su comportamiento" (Easton, 1985).

Lo que debemos dejar muy claro en estas reflexiones es que el *conductivismo*, como lo explica Easton, sostuvo la existencia de una uniformidad comprobable en el comportamiento humano y, secundariamente, que tal uniformidad podía comprobarse mediante pruebas empíricas. Así, la cuantificación posible y plausible encontró un lugar importante en la ciencia política. El resultado fue que durante los años cincuenta y sesenta, la ciencia política alcanzó la capacidad de utilizar una vasta gama de técnicas empíricas cada vez más sofisticadas: cuestionarios, entrevistas, muestreos, regresiones, análisis factoriales, modelos racionales, etcétera.

Es importante dejar asentado también que la búsqueda de un conocimiento sistemático, basado en la observación objetiva, llevó a *un cambio decisivo en el significado de la teoría*. Tradicionalmente, ésta había tenido un carácter filosófico e histórico que buscaba explicar el nacimiento de las ideas políticas en los siglos anteriores.

En este periodo, una parte considerable de los esfuerzos teóricos se dirigió a la construcción de teorías empíricamente orientadas a los diversos ámbitos de análisis. La así llamada teoría de alcance medio ha buscado dar vida a amplios segmentos de la disciplina, como en el caso de la teoría pluralista, la teoría de juegos o en la elección pública (*Public Choice*).

De cualquier modo, la teoría general ha tenido un alcance más amplio. Ha intentado aportar el conocimiento de los sistemas políticos en una instancia global. Por ejemplo: la teoría estructural funcionalista y el análisis de los sistemas representan dos de las principales tentativas teóricas en este sentido; con sus aportaciones se logró, entre otras cosas, que se tenga una descripción más clara de lo que podemos llamar *sistema político*, mismo que caracteriza a la ciencia política como el estudio del modo en que son tomadas las decisiones en una sociedad determinada.

Por encima de todo, hay indicios de que los desacuerdos en el campo de la ciencia política son mucho más amplios y radicales en el nivel del análisis abstracto y epistemológicos que en el nivel más concreto de la investigación práctica (Young, 1968).

Tras de algunos capítulos divergentes relativos a las conceptualizaciones y a los marcos teóricos, muchos análisis políticos empiezan a mostrar signos crecientes de pertenecer al mismo campo general de estudio; sin embargo —como señala Easton— la fase pos-conductivista está todavía en evolución y pasará algún tiempo antes de que se pueda afirmar de modo definitivo cómo una nueva etapa se diferenciará del conductivismo.

Esto ha sido producto —nos dice Sartori— la prisa por resolver la relación entre teoría e investigación.

De la revolución *behaviorista* hemos pasado abruptamente a la cuantificación (...) Después de tanta teoría sin investigación —la adquisición de datos— como característica distintiva de las ciencias del hombre. Sólo que en la fase de 'empirismo crudo', los datos se han comido a la teoría (Sartori, 1990).

La mayoría pide hoy "más teoría" —insiste Sartori—; pero el llamado cae, en buena medida, sobre un desierto en el que no puede florecer, pues "la relación entre teoría e investigación se ha volcado en una relación de la investigación con la teoría y, así invertida, ha estropeado la teoría sin coligar o 'relacionar' nada"

Podríamos preguntarnos ahora: ¿Cuál es la posición de la teoría política? ¿Cuáles son sus problemas más característicos? ¿Son empíricos, son formales, o no son nada de esto? ¿Abarcan necesariamente cuestiones de valor? ¿Se hallan en camino de alcanzar un *status* independiente, o por su misma naturaleza están obligados a no ser sino un elemento en un *corpus* de pensamiento más amplio?

Veamos un ejemplo: entre los problemas que forman el meollo de la cuestión —escribe Isaiah Berlin—, se encuentran aquellos que guardan relación, por ejemplo, con la naturaleza de la igualdad, de los derechos, de las leyes, de la autoridad, de las reglas; sin embargo, las categorías (con sus conceptos correspondientes) no son cosa de inducción o hipótesis. Por consiguiente, quienes se limitan a la observación de la conducta humana y a la formulación de hipótesis acerca de la misma, psicólogos, sociólogos, historiadores, politólogos, por más profundos que puedan ser, no son en cuanto tales, teóricos políticos, aun cuando puedan decir muchas cosas de importancia decisiva en el campo de la filosofía política

... Por eso no consideramos a empiristas tan dedicados como son los estudiosos, digamos, de la formación y el comportamiento de los partidos, o de las élites, o de las clases, o de los métodos y consecuencias de diversos tipos de procedimientos democráticos como filósofos de la política, o como teorizadores sociales en la acepción más amplia del término (Berlin, 1978).

El ejemplo anterior nos indica que la expresión “teoría política” no dilucida, de por sí, si la teoría en cuestión es filosófica o científica, y tal parece que tenemos que seguir respetando la convención que hace de “teoría” el término que involucra todo lo que sea saber: “teoría” pertenece tanto a la filosofía (la teoría filosófica), como a la ciencia (la teoría científica).

En este sentido, y parafraseando a Sartori, diremos que si la filosofía es difícil de entender, la ciencia empírica de la política es difícil de hacer. En otros términos, la ciencia empírica de la política está reclamada, o mejor tironeada en dos direcciones opuestas; hacia arriba, en dirección a la conclusividad onmiexplicativa de la filosofía política (que la impulsa más allá de la empiria); y hacia abajo, en dirección al terreno de la acción (del lenguaje corriente), de la doctrina y de las ideologías en pugna (Sartori, 1979). A este respecto merece subrayarse que tales dificultades afligen típicamente al politólogo. Lo que implica que los dos extremos criticados por Sartori —la ciencia de estricta observancia positivista por un lado, y la no-ciencia ideologizante y filosofante por el otro—, busquen el equilibrio, una posición intermedia ajena a ambos excesos.

Como vemos, en este sentido se llega a la conclusión de que el estudio de la política transcurre de modo caótico, en órdenes separados. Entre estos dos extremos no es fácil encontrar una vía intermedia. Eso puede dar paso, recurrentemente, al reconocimiento de que la crisis del pensa-

miento político resulta de la falta de correspondencia entre las categorías tradicionales de la filosofía política y su objeto de estudio. Además de señalar, permanentemente, que la tradición empirista no resuelve nunca el problema de la separación entre *hechos* y *valores*, ni tampoco alcanza la pretendida neutralidad científica al aplicarla al estudio de los fenómenos políticos.

En contraste, algunas corrientes italianas se sitúan más cerca de la filosofía política que de la ciencia política mediante una vinculación bastante interesante entre filosofía práctica y hermenéutica. Esta visión se opone necesariamente a todo tipo de positivismo y propondrá la relectura de autores como Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Kant y Hegel entre otros, para así estructurar una interpretación ligada a la filosofía práctica que contempla el poder y evita neutralizarlo, como ocurre siempre que intentamos ajustar las distintas realidades políticas a la ciencia. De esta intención por establecer un puente para la comprensión de “lo político”, deriva la disposición a indagar en los universos de otras disciplinas para discutir con filósofos políticos y morales, especialmente en derecho e inclusive sociólogos, problemas como los de la norma interna de la acción política.

Llama la atención el peso de la herencia sociológica de Max Weber en la filosofía, como filosofía práctica, cuando por ejemplo se observa “la acción como dotada de sentido”. Así el punto de partida de este horizonte de reflexión lo traza en dos líneas Nicola Matteucci: “la racionalidad dirigida hacia los fines como saber técnico, es irracional para la racionalidad respecto de los valores” (Rivero, 1990).

Retomando el hilo de la cuestión planteada, diremos que los grandes teóricos de la ciencia política: Weber, Gramsci, Mosca, Pareto, Michels, Bobbio, Dahl, Almond, Easton, Deutch, Duverger, Aron, Poulantzas, Dahrendorf, Lasswell, Sartori, etcétera, llegaron al estudio de la misma en forma exógena. Las generaciones sucesivas están por el contrario cada vez más en una incubación endógena, es decir en la especialización en que la transmisión del saber es impedido en parte también por el innovacionismo, el nominalismo y el cuantitavismo (Sartori, 1990).

No obstante, diremos por último que cualquier saber (conocimiento) es, y debe ser, *racional*; es decir, desarrollado y organizado de manera *razonada*, y en consecuencia podríamos afirmar que la debilidad de la ciencia política estaría en la necesidad de formalizar, sistematizar, y hasta

cierto punto estandarizar, metodologías que fueran accesibles a aquellos que quisieran aplicarlas (Sartori, 1990; Easton, 1985).

Lo anterior supone, por una parte, reconocer que la ciencia política como ciencia social no tiene un carácter acumulativo y, por otra, reformular la distinción entre investigación *pura* e investigación *aplicada*, pues aunque ambos tipos no son mutuamente excluyentes (abordar uno de ellos no significa *necesariamente* que no pueda abordarse el otro), con frecuencia compiten entre sí (Manheim y Rich, 1990).

Es, pues, por todo ello, que podemos afirmar que en la ciencia política racionalismo y empirismo conforman una dualidad científica que se esfuerza por darle a la disciplina sólidos esquemas lógico-empíricos, e invitan al politólogo a tener presente siempre que la influencia de las aportaciones de muchas y muy diversas fuentes, reflejará un pluralismo teórico y filosófico que puede dar paso, a su vez, a un relativo eclecticismo, el que, de existir, deberá ser mínimamente coherente. Por encima de todo, los estudiosos de la ciencia política deberán cuidar de transmitir ciertamente una materia compleja, que no por estar conformada mediante una acentuada división interna en los ámbitos filosóficos, teórico y científico, denote la carencia de elementos y objetivos comunes que presupongan insuficiencia teórica y ausencia de criterios metodológicos de aceptación general.

Este debe ser, creemos, el propósito central de las instituciones educativas donde se imparta la disciplina, la cual se irá perfeccionando en el curso del desarrollo y de la enseñanza de la misma a la luz de la realidad institucional de cada país.

Por ahora, a los estudiosos les queda suficientemente claro que el hecho fundamental de la política es ser inseparable de la sociedad humana, y que las sociedades no van a abandonar la ciencia política; por ello no debe atribuírsele la inminencia de experimentar una tragedia, como lo anuncian algunos de sus críticos, concepto que le asigna a la disciplina la tarea de cambiar la conducta política existente por una mejor, y hacer de la democracia algo tangible (Ricci, 1984). La ciencia política debe concebirse como un producto del ambiente y de la organización propios de una entidad académica colectiva que ha experimentado un dilema: el constituir una genuina concepción filosófica e histórica de la experiencia política, y el ser también un estudio descriptivo y explicativo de los fenómenos políticos capaz de ofrecer una expectativa firme de un auténtico reto intelectual.

## Bibliografía

- Berlin, Isaiah, *Conceptos y categorías, Un ensayo filosófico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 323.
- Bobbio, Norberto y Matteucci Nicola, *Diccionario de política*, tomos I y II, México, Siglo XXI, 1984.
- Collini, Stefan, Winch Donald, Burrow John, *La política ciencia noble. Un estudio de la historia intelectual del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 514.
- Dahl, Robert, "El método conductista en la ciencia política. Epitafio para un monumento erigido a una protesta con éxito", en *Estudios Políticos*, no. 134, España, marzo-abril 1964, pp. 85-107.
- Easton, David, *Política moderna. Un estudio sobre la situación de la ciencia política*, México, Letras, 1968, pp. 344.
- Easton, David, "Pasado y presente de la Ciencia Política en Estados Unidos", en *Estudios Políticos*, no. 11, Tercera época, julio-septiembre 1992, FCPyS-UNAM.
- Johson, Nevil, *Los límites de la ciencia política*, España, Editorial Tecnos, 1991, p. 186.
- Lasswell, Harold D., *El futuro de la ciencia política*, España, Editorial Tecnos, 1963, p. 253.
- Manheim, Jarol B. y Rich, Richard C., *Análisis político empírico. Métodos de investigación en ciencia política*, España, Alianza Editorial, 1990, 472 pp.
- Ricci, David M., *The Tragedy of Political Science. Politics Scholarship and Democracy*, Estados Unidos, Yale University Press, 1984, pp.
- Rivero, Martha, "Introducción" en *Pensar la política*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1990, pp. 9-30.
- Sartori, Giovanni, *La polític. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 336 pp.
- Sartori, Giovanni, "¿A Dónde va la Ciencia Política?", *Estudios Políticos*, núm. 4, México, UNAM, FCPyS, octubre-diciembre, 1990, pp. 139-156.
- Young Oran, R., *Sistemas de ciencia política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 216.